

LA CONDICIÓN DE LOS QUE APRENDEN

UN ASPECTO DE LA PEDAGOGÍA LULIANA

El discípulo.—El viaje como situación didáctica.—La soledad como método.—El hecho motivador.—Maravillarse. actitud vital.—Maravillarse. actitud teórica.—La condición de los que enseñan.

EL DISCÍPULO.

Intentamos abordar a Ramón Lull por la vía de acceso que nos ofrece el protagonista de su conocida novela pedagógica, *Félix o Maravillas del mundo* (1). Lull ha querido que el personaje que dé su nombre a la obra no sea el maestro, sino el discípulo. Lo que, si bien rompe los moldes medievales que acentuaban la importancia del maestro, titulando *de magistro* los temas sobre comunicación docente, anuncia ya las posiciones lulianas que parecen reconocer un «pathos» vital más intenso en la situación del que aprende que en la del que enseña.

Pensamos que hasta ahora el enfoque exclusivamente literario de ciertas obras de Lull ha enmascarado algunos aspectos de su vena pedagógica. Sin embargo, *Félix*, con el leve montaje novelístico de sus andanzas es ciertamente el eje que permite a Lull engarzar en torno suyo toda la enseñanza de una enciclopedia popular. Por eso, la función literaria de *Félix* está al servicio de la dimensión pedagógica del personaje, que consiste en ser, por imperativo de su actitud

(1) Con este doble título cita la obra su mismo autor: *Liber de mirabilibus Orbis seu Foelix...*, en *Liber de Fine*, parte II.

frente al mundo y a los hombres, *un discípulo*. Esto es, alguien bastante despierto para saber que es mucho lo que ignora y con la apertura de alma suficiente para encontrar un maestro en cualquier hombre de bien que, por acaso, se le cruce en el camino. Este discípulo-tipo, que ignora muchas cosas y sabe algunas, pudiera decirse que las pregunta todas. Con esto queda señalado el contenido del libro que pretende abarcar las cuestiones naturales geográficas, meteorológicas, morales y de teología popular contemporáneas.

Pero a nosotros nos interesa menos el contenido de las materias expuestas—excelente material, por lo demás, para la historia de la ciencia—que la presencia y reacciones de este aprendiz universal que aparece en las páginas lullianas como una creación de su madurez. Se admite comúnmente que el libro fué escrito durante la primera estancia en París (1286-1288), cuando su autor andaba alrededor de la cincuentena. Había escrito ya el *Arte magna* y el *Blanquerna*, dos producciones definitivas; había fundado el Colegio de Lenguas Orientales de Miramar, que respondía a una de sus más ardientes aspiraciones pedagógicas, y entablado ante la Corte pontificia sus primeras gestiones para una acción conjunta de la cristiandad cerca del mundo infiel.

Si hemos de creer a Menéndez Pelayo, *Félix* viene al mundo como revancha de un fracaso docente de Ramón. Según el historiador de las ideas estéticas en España, cada vez que Lull experimentaba el fracaso de sus trabajos sistemáticos de investigación y exposición de la verdad, la fertilidad de su ingenio le llevaba a inventar otros medios más fáciles y populares donde los métodos psicológicos ocupaban un primer plano, a expensas de los lógicos. Así nació *Blanquerna*, novela pedagógico-social, impar en su género. Compúsola en Montpellier, tras haber leído públicamente por poco tiempo el *Arte demostrativa*.

El *Félix* viene después de un período en que Lull ha realizado un sueño que data de los días de su conversión: conocer París. Pero entonces quería frecuentar sus aulas como estudiante, mientras ahora las pisa como maestro de su *Arte*, pues

el canciller Berthauld de Saint-Denys le ha destinado cátedra propia.

Las promesas innovadoras del apasionado maestro mallorquín causarían un impacto no despreciable en el público estudiantil, que le impuso el sobrenombre de *Raimond Barbe-Fleurie*. Pero pronto se patentizó la escasa aceptación del *Arte*. A la mayor parte de los estudiantes se les hacía «complicada abrupta y sutil de entender», con su peculiar tecnicismo, su juego de predicados y sus múltiples figuras esquemáticas, de numerosas casillas o *cambres*, dificultad que le inclinó a refundirla o abreviarla, reduciendo a cuatro las 16 figuras primitivas (2).

Entonces, sumido en *tristitia y languiment y en extranya terra* concibió a Félix, el joven que se instruye no por artificios lógicos, sino por símiles e imágenes plásticas; no en los bancos de la escuela, sino en los caminos del mundo; no con lecciones de maestros profesionales, sino con pláticas de los más varios personajes que la sociedad medieval podía ofrecerle.

EL VIAJE COMO SITUACIÓN DIDÁCTICA.

Félix, de cuyo modo de ser íntimo nada sabemos, se define desde el principio mismo de la obra como alguien que elige un determinado tipo de vida—viajar indefinidamente—y lo pone al servicio de su afán de saber. Lo específico de Félix no consiste en su peculiaridad psíquica, que no se nos descubre, sino en *su situación existencial*, que Lull procura destacar desde la primera página. Lull hará arrancar del condicionamiento existencial del discípulo, un repertorio de situaciones que se revela óptimo para proporcionarle toda suerte de experiencias y conocimientos.

Desde el punto de vista pedagógico el viaje de Félix no es casual, puesto que, al suministrarle argumentos de admira-

(2) MATEO OBRADOR, *Félix de las Maravellas del Mon.* Palma, 1903. Introducción, p. 10.

ción, condiciona necesariamente los motivos de su aprendizaje. Quizá esto se confirme, por el hecho de que el *opus* luliano está bien poblado de discípulos itinerantes, pero, entre todos, Félix, por la misma esquemática sencillez de su trama, nos brindaría el tipo de discípulo viajero.

El libro empieza con la invitación que el padre del héroe hace a su hijo para que emplee su vida recorriendo el mundo, maravillándose del desamor e ignorancia de los hombres. Félix promete al punto ir por los bosques, montes, llanos, desiertos, poblados, castillos y ciudades, «maravillándose de las maravillas que hay en el mundo, preguntando lo que no entiende y enseñando lo que sabe» (3). Y se entrega a la atracción del camino. Abandona la casa paterna y los lugares conocidos, como si la rutina cotidiana de los ambientes familiares amenazara embotar su espíritu y mantenerlo siempre enano. Aprender y andar son dos actividades complementarias en estos hombres que peregrinan para saber. Con pocas variantes, es el caso de Blanquerna, quien, «después de haber pedido a sus padres perdón de la pena y trabajo que por causa suya padecían, tomó el humilde y grosero vestido de un criado de la casa de su padre y dióle el suyo, rico y delicado...

Evast y Aloma y los demás se detuvieron a mirarle hasta que, emboscado, le perdieron de vista. Entonces la madre dijo: «¡Ay, triste de mí, perdido he de vista a mi hijo, a quien no veré jamás en toda mi vida!» (4).

La causa del hábito viajero es en Félix el *desasosiego espiritual* que le produce saber que «no hay hoy el fervor ni la devoción que en tiempo de los apóstoles ni de los mártires, que por conocer y amar a Dios padecían y morían» (5). Y tal estado de cosas quería remediar, «no excusando ponerse en los mayores riesgos y peligros para que a Dios se le hiciese reverencia y honor» (6). Blanquerna, por su parte, piensa que

(3) *Félix*. Madrid. B. A. C., 1948, p. 605.

(4) *Blanquerna*. Madrid. B. A. C., p. 179.

(5) *Félix*, p. 605.

(6) *Ibidem*.

el mundo anda tan trastornado y apartado de lo que debiera ser, que él «estima más vivir entre las fieras, árboles y aves, que no tienen culpa, que entre hombres ingratos a los beneficios que han recibido y reciben de Dios Nuestro Señor» (7).

El periplo se inicia, pues, en ambos casos, con una abierta desaprobación para la sociedad descreída, que va a encontrar en el viajero un censor. A este fin, se ha desligado previamente de los cuadros sociales, sin que se le pueda encasillar en ninguno de ellos. Esto le permitirá poderlos enjuiciar todos.

El desasosiego espiritual que en Blanquerna y Félix tiene, su principal motor en el amor de Dios, reviste rasgos particularmente agudos en otro discípulo viajero, el hombre *gentil*, a quien el pensamiento de la muerte entristecía. Ello era de suerte que «... sus ojos se llenaban de lágrimas, y su corazón de suspiros y de tristeza y de dolor, porque tanto agradaba al gentil esta vida mundana, y tan horrible cosa era para él el pensamiento de la muerte y el recelo de que no hubiera nada detrás de ellas, que no podía consolarse ni abstenerse de llorar, ni desterrar de su corazón la tristeza. Estando el gentil en esta consideración y este trabajo, le vino la voluntad de partirse de aquella ciudad e irse a tierra extraña, para ver si por ventura podría encontrar remedio a aquella aflicción, y poniendo en ejecución su pensamiento llegó a una gran floresta...» (8).

Reducir el estado del *gentil* a la inquietud inicial de Blanquerna y de Félix sería inexacto. Lejos de viajar por una disconformidad que le haga sentirse molesto en los cuadros habituales de la sociedad, el *gentil* viaja por rigurosa angustia. Sentimiento que tiene la raíz en su sí mismo, pues nace de la vivencia anticipada de la propia aniquilación. Pero también él, como los otros viajeros, persigue la verdad a través de un *arrancamiento* que lo pone en camino. Son sus *Wanderjahre* y sus *Lehrjahre* en una misma pieza.

(7) *Blanquerna*, p. 188.

(8) MENÉNDEZ PELAYO: *Orígenes de la novela*. Ed. c. s. i. c., p. 119.

LA SOLEDAD COMO MÉTODO.

Decimos que estos hombres han elegido *la soledad como método*, aunque tengan sucesivas compañías. Inician su éxodo sin saber hacia donde van, con voluntad decidida de no afin-car definitivamente en ningún lugar, ni asociarse con nadie. Cuando la madre de Blanquerna pide que le envíe, al menos antes de morir, un mensajero que le dé noticias, el hijo tiene que replicar: «Enviarnos mensajero no es posible, porque toda mi vida, según entiendo, ha de ser solitaria» (9).

«Amado hijo—dijo Aloma—, ¿en dónde, dime, harás tu morada o en qué parte andarás?» «¡Madre—respondió Blanquerna—, no puedo decir lo que no sé! Iré por los bosques y montañas...» (10).

EL HECHO MOTIVADOR.

El abandono de los lugares familiares, la inquietud itinerante, y la soledad personal con que el viajero responde a su desasosiego espiritual, no son en la pedagogía luliana más que requisitos previos a cualquier aprendizaje. Este arranca siempre de un *hecho determinado* que suscita la admiración del caminante. Desde este punto de vista la técnica empleada en el *Félix* consiste en crear con rápida pincelada situaciones vitales capaces de producir en el protagonista un estado emocional por el que venga a maravillarse. El asombro, la extrañeza, el desconcierto ante las cosas que ve u oye se dan entonces cita en la conciencia de Félix que parece sacudido por una especie de sobresaltado despertar.

El aprendizaje arranca de un hecho, pero el ánimo del joven no estaba virgen hasta entonces. Lull ha visto con justeza las condiciones previas del sujeto, que aseguran el éxito de toda nueva adquisición. El discípulo trae ya un rico

(9) *Blanquerna*, p. 188.

(10) *Blanquerna*, p. 188.

caudal cuando empieza el proceso de un aprendizaje perceptible. Este caudal de conocimientos, de tendencias y de sentimientos hace posible y condiciona cualquier actitud discente.

Por eso no debe causar desilusión, como se la causaba a Littré-Hauréau, el comprobar que los hechos que provocan la admiración de Félix no son raros ni peregrinos, como sería justo que lo fueran si se tratara de una auténtica novela de episodios—*roman à tiroirs*—y si no se encuentran lugares ni cosas maravillosas, como podría inferirse de una interpretación engañosa del título.

Conviene percatarse de una vez, que lo que Lull persigue no es el hecho insólito, sino la motivación suficiente por la que una anécdota o un fenómeno de la naturaleza se convierten para alguien en tema de indagación. Todo ello porque, en el fondo, la postura de Lull, más que literaria, es pedagógica.

Los temas que suscitan la admiración de Félix son casi siempre sencillos y cotidianos, como la vida misma. Escapan a una clasificación porque, como ella, son también varios y desiguales.

MARAVILLARSE, ACTITUD VITAL.

Lull ha visto que el saber puramente especulativo y la sabiduría que decide de nuestros destinos son como dos formas polares de la conciencia. Y hasta podríamos pensar que se excluyen y que, por eso, unos hombres se entregan a la teoría, y otros, a un saber interesado en el que comprometen la vida. Sin embargo, no existe entre ambas actitudes oposición radical, por eso en los dos tipos de saber parte de la *admiración*, si bien, se trata de distintas admiraciones. Félix se *maravilla* conmovido hasta las fibras más íntimas, cuando se enfrenta con problemas vitales, mientras su «maravillarse» no pasa de pura curiosidad cuando se trata de temas meramente especulativos que caen dentro de lo que llamaríamos «contenido de la instrucción». Para acometer la demostración

de la existencia de Dios, tiene el acierto de iniciar la serie de situaciones con la cuestión eterna del dolor de los inocentes: la pastorcita que, confiando en que Dios la defendería, guardaba ganado en el bosque solitario, es devorada—ella y sus ovejas—por el lobo. Con la tragedia que había visto, «Félix quedose pasmado». Job, en la desgracia, había despertado la misma torcedora pregunta. Dostoiewsky, escrutador implacable del dolor de los niños, Camus, escandalizado junto al lecho de un hospital por la muerte inexplicable de un apesadado, son otros tantos ecos de la misma voz con que los hombres de todos los tiempos se preguntan por el sufrimiento de los inocentes.

Encuadrado como testigo único en una situación de esta categoría, el héroe de Lull se conmueve con tal fuerza que *entra en tentación*.

Cuando Félix ve morir a la pastorcita, duda de la divina Providencia, que no acierta a compaginar con el desamparo de la inocencia y la debilidad. Con ánimo turbado y oprimido, el mismo que no quería excusar los mayores riesgos y peligros «para que a Dios se le hiciese reverencia y honor» (11), es presa de gran tentación, «dudando que hubiese Dios» (12). Un día entero camina Félix bajo el torcedor de su duda hasta que, hallando a un ermitaño, se arroja al suelo, sin acertar a decir palabra, dominado por el pesar y la angustia.

«Señor—respondió Félix—, estoy maravillado de que Dios me haya desamparado y me haya dejado caer en tan gran tentación, y lo estoy también porque ha desamparado a una pastorcita, a quien a mi vista ha devorado un lobo. Y entonces contó al ermitaño la duda que tenía de que hubiese Dios, y le rogó que le ayudase como pudiese para volver a adquirir la devoción y la fe que había perdido» (13).

En estas circunstancias se va a formular la primera lección de éste que, Rubió Lluch, llamó «libro didáctico de preguntas y respuestas, como el *Sidrac*». Bien se ve la carga

(11) *Félix*, p. 605.

(12) *Félix*, p. 607.

(13) *Félix*, p. 607.

vital que agrava esta didáctica, cuya primera pregunta compromete al discípulo y pone en entredicho el género de vida que acaba de abrazar.

No es esta la única vez en que las preguntas del discípulo surgen desde el mar picado de la tentación.

Cuando empieza el tratado del hombre en la misma obra, despierta su extrañeza el hecho de que el lobo esté haciendo estragos en un cercado de ovejas, sin que el pastor quiera levantarse de la cama por miedo al viento y a la lluvia. Un perro, que por allí había, combatía con otro lobo y ladraba en vano fuertemente pidiendo ayuda al pastor emperezado. Félix manifiesta su extrañeza al pasto, y éste le colma de denuestos con tal destemplanza que el viajero tuvo «pavor de morir». Muy conmovido por la conducta y reacción del mal pastor, *maravillándose* de que cupiese en el pastor tan desordenada intención, *se le aumentó inmediatamente el deseo de inquirir la naturaleza del hombre*. La admiración espolea el deseo de saber. Porque Lull, como Platón, piensa que el principio o punto de partida de todo saber vital consiste en *maravillarse*.

Admiración profundamente vital, que conmueve al discípulo en las fibras más íntimas de su personalidad, ésta que le introduce en la cálida complejidad de los temas humanos.

«Señor, mucho he deseado saber qué es el hombre, cómo está ordenado por naturaleza y para qué fin le ha creado Dios; porque he observado tantos defectos en el hombre pecador, que padezco mil dudas y deseo... conocerme a mí mismo y a mi prójimo, y primeramente a Dios» (14).

También la exposición de los sabios al *gentil* cae sobre un discípulo interesado vitalmente en el tema.

Cuando los tres sabios van a exponer cada uno el contenido y carácter de su ley, aparece el gentil, con el porte desaliñado de quien lleva varios días errando por los campos como fuera de sí. «Gran barba tenía y largos cabellos, y venía como hombre cansado, flaco y descolorido por el trabajo

(14) Félix, p. 757.

de sus pensamientos y por el largo viaje que había hecho» (15). El estado de ánimo era sumamente angustiado, y tanto más sombrío cuanto más amenos los paisajes por donde discurría. Cogía sus flores y comía sus frutos, pero nada le aprovechaba para salir de la angustia que le originaba la idea de la propia muerte. Estando en este sufrimiento y no sabiendo qué partido tomar, «hincó las rodillas en tierra, y levantó las manos y los ojos al cielo, y besó la tierra, y dijo estas palabras, llorando y suspirando muy devotamente: ¡Ay, mezquino, en qué ira y en qué dolor has caído cautivo! ¿Por qué fuiste engendrado ni viniste al mundo...? (16).

En este paroxismo ocasionado por la meditación atormentadora de sentirse abocado a la muerte, un judío, un cristiano y un mahometano le saludan en el nombre de Dios eterno, resucitador de buenos y malos.

Verdaderamente es un clima de elección éste en que se halla el gentil, para recibir las enseñanzas de los tres sabios en un «hermoso prado», donde una clara fuente regaba cinco árboles, mientras una «hermosísima doncella», muy noblemente vestida, abrevaba en la fuente su palafrén.

MARAVILLARSE, ACTITUD TEORÉTICA.

Acabamos de señalar el tipo de admiración que conmueve a los discípulos de Lull cuando se trata de resolver cuestiones sobre Dios y sobre los hombres. Pero la admiración se repite a lo largo del libro del cosmos que los recodos del camino van desplegando, paso a paso, ante sus ojos. ¿Por qué sigue el relámpago un movimiento tortuoso? ¿Qué es la luz que se engendra en el aire? ¿Por qué razón son las nubes de diversos colores? ¿Por qué la lluvia es beneficiosa para las plantas? Así van desgranándose preguntas sobre los elementos y los fenómenos de la naturaleza, con la vivacidad abigarrada del

(15) MENÉNDEZ PELAYO: *Orígenes de la novela*, p. 122.

(16) *Libro del gentil y de los tres sabios*. Prólogo.

viandante, que en esta ocasión tiene al preceptor de un príncipe para satisfacer su curiosidad (17).

Justo es decir que la sarta ilimitada de cuestiones sobre temas botánicos o geográficos no nace de situaciones tan cuidadas como las que hemos encontrado al tratar de Dios y del hombre. Nos hallamos ante la actitud teórica que parte de la admiración producida por algo incomprensible, acerca de lo cual pide, sencillamente, razón. Es éste un *maravillarse* de orden intelectual, en el que la curiosidad juega un papel decisivo, y que deja intactas las posiciones vitales del sujeto. En todo caso, se mantiene siempre la iniciativa de la pregunta en manos del discípulo que proyecta la atención sobre los temas, gracias a una fuerza selectiva, oriunda de su fondo personal. En estos casos, los episodios que al héroe le acontecen se reducen al mínimo. Su situación vital palidece hasta olvidarse casi por completo. Lull presenta un Félix abrumado por la duda o la indignación ante situaciones que cree absurdas o inaguantables cuando pide lecciones de vida, y un Félix serenamente inquisitivo cuando el espectáculo de la naturaleza le asombra hasta obligarle a consultar todos los capítulos de la enciclopedia medieval.

El camino hacia la luz se hace lentamente a través de razones y símiles. En ocasiones, el discípulo responde sólo con el silencio.

«... estuvo considerando largo tiempo sobre ella (la explicación recibida) antes de hablarle ninguna palabra; por lo que el ermitaño le preguntó que de qué estaba tan pensativo» (18). Las respuestas se suceden serenas, sin que haya otra cosa sino petición de aclaraciones o nuevas explicaciones. El método de disputas parece sistemáticamente orillado. Ni siquiera en el *Libro del gentil* disputan entre sí los tres sabios al exponer cada uno su ley. «La contradicción—dice Lull—engendra mala voluntad en el corazón de los hombres, y la mala voluntad turba la recta operación del entendi-

(17) *De los elementos*. Libro IV, pp. 675-693.

(18) *Félix*, p. 760.

miento» (19). El método de plácida exposición por parte de los maestros y de recogida audiencia con que el discípulo responde, se lleva en esta obra hasta el extremo de que el gentil no llega a convertirse, sino que oídas las razones de la ley judaica, de la cristiana y la sarracena, pronuncia una fervorosisima oración en que alaba la grandeza, la bondad y la justicia de Dios.

Otras veces el precio del conocimiento es el dolor, como cuando aprende que la corrupción de los grandes y de los gobernantes es pésima: «*Después que Félix hubo llorado mucho tiempo*, pidió al ermitaño le explicase de qué es el hombre» (20).

LA CONDICIÓN DE LOS QUE ENSEÑAN.

Los maestros que desfilan por el *Félix* forman una especie de contraluz que ayuda a definir mejor la concepción luliana del discípulo.

Frente a la actitud «admirada» y hasta conmovida del discípulo, el maestro es siempre un contemplativo que da a participar el fruto de la meditación. Lo presenta sereno, entregado a sus reflexiones, amable y dispuesto a comunicarse, pero se ve pronto que la conversación con el discípulo es sólo un paréntesis en una vida enteramente dedicada a la especulación. La enseñanza fluye de sus labios sin esfuerzo, mansamente, como corresponde a quien ha elegido la ocupación de pensar.

El primero que responde a las preguntas de Félix es un santo hombre que había dedicado muchos años al estudio de la Filosofía y la Teología, «y con sus libros y sabiduría contemplaba y alababa a Dios» (21).

Reaparece el ermitaño Blanquerna, enlazando de este modo el libro de Félix con el más conocido de los personajes lu-

(19) *Libro del gentil y los tres sabios*. Prólogo.

(20) *Félix*, p. 761.

(21) *Félix*, p. 607.

lianos. Ahora lo encuentran «debajo de un hermoso árbol, con un libro en la mano, que contenía mucha ciencia de Teología y Filosofía, en que contemplaba a Dios» (22).

El siguiente es un ermitaño que tiene en las manos el *Libro de los ángeles*, sin duda, el *Llibre dels àngels*, que Ramón compuso en Mallorca al principio de su conversión. Viene después un pastor-filósofo, cuyo mutismo y ensimismamiento llama la atención de Félix. Se había retirado al bosque para, con ánimo desembarazado, «amar y conocer a Dios» (23). Este le instruye sobre los cielos. De todos los maestros mencionados, sólo uno lo es por profesión, el preceptor de los hijos del rey, que le instruye en la Corte sobre los elementos. La parte dedicada a las plantas y los metales transcurre bajo la enseñanza de un filósofo que Félix halló «sentado debajo de un hermoso árbol, cargado de hojas y flores, al cual regaba una hermosa fuente, y en él había muchas aves que dulcemente cantaban» (24). Antes de ser interpelado, le vemos entregado largamente a la contemplación, y después de responder a las preguntas de Félix se vuelve a sus pensamientos «del mismo modo que estaba cuando Félix le halló» (25). Finalmente, el que le instruye sobre las cuestiones relacionadas con el hombre es también un santo ermitaño a quien encuentra en su ermita «contemplando a Dios».

Teniendo sólo en cuenta estos testimonios diríase que para Lull el verdadero maestro es, ante todo, un especulativo, alguien dedicado de por vida a perseguir la verdad.

MARÍA ANGELES GALINO.

(22) *Félix*, p. 633.

(23) *Félix*, p. 669.

(24) *Félix*, p. 696.

(25) *Félix*, p. 696.